

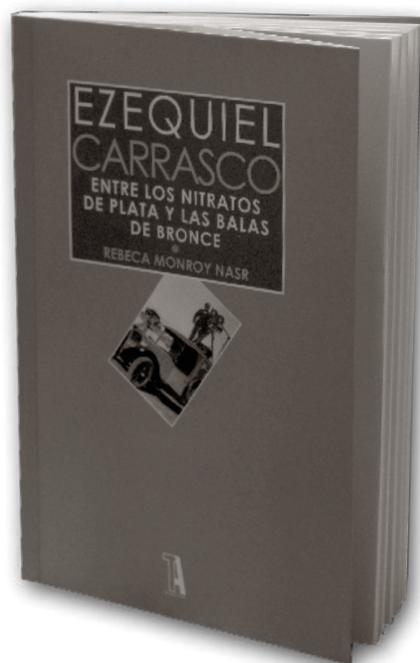
RESERVIAS

Daniel Escorza

Rebeca Monroy Nasr

Ezequiel Carrasco. Entre los nitratos de plata y las balas de bronce

México, INAH, 2011



Desde hace algunos años la historiadora Rebeca Monroy Nasr ha estado renovando con más intensidad, en cada nuevo libro que nos entrega, los problemas asociados a la fohistoria. Después de transitar por caminos poco explorados y por recovecos ignotos, hurgando aquí y allá bajo el signo de la pesquisa permanente, nos entrega esta original investigación acerca de uno de los fotoperiodistas más jóvenes de su generación. Es decir, de la prole de aquellos fotógrafos de la prensa nacidos entre 1874 y 1891. Una generación que incluyó a eximios fotógrafos como Agustín Casasola, Gerónimo Hernández, Abraham Lupercio, Heliodoro J. Gutiérrez, Antonio Garduño y Manuel Ramos, entre otros.

El libro se refiere a la labor del fotógrafo Ezequiel Carrasco, (Morelia, Mich., 1891-México D.F. 1978) especialmente — aunque no exclusivamente— como fotógrafo de *Revista de Revistas*. En esta publicación semanal iniciada en 1910 se reveló —de acuerdo a la autora— el “ojo historicista” de la cámara de Carrasco en razón de la crónica visual que construyó durante los aciagos días de febrero de 1913, (la Decena Trágica) en diálogo con la crónica escrita por José Juan Tablada. Además de las fotografías de diversas publicaciones, el libro también incluye las 30 imágenes que en su momento *Revista de Revistas* publicó, entre ellas las más conocidas de este cruento episodio de febrero de 1913, como la de Madero llegando al zócalo, o la del mismo presidente en el balcón de la fotografía Daguerre. Por lo demás, nos hubiera gustado ver en el libro el rostro del

joven Carrasco; una fotografía más personal y de mayores dimensiones que las que aparecen en las páginas 26 y en la 29, en donde el joven fotoreportero de 20 años posa junto a los fotoperiodistas de la época con el presidente interino Francisco León de la Barra.

Una de las premisas de mayor fortaleza que plantea la autora es la transformación que realizó Ezequiel Carrasco, en términos de la visualidad y que “significó una metamorfosis en todo el sentido de la palabra: en lo formal, lo temático y lo ideológico”. Así, la doctora Rebeca Monroy plantea la idea de que México comenzó a tener un desarrollo propio de la fotografía, aún antes de los grandes conflictos europeos, a partir de 1914. Como ella afirma, entre otras premisas, Carrasco es “sólo una muestra de los botones que fulguraron en este momento de tránsitos, continuidades y rupturas”. Es decir, la investigación nos muestra la forma de trabajo de un solo fotoreportero, pero a través de esa singularidad podemos acercarnos a algo más general; es como observar a través de un microscopio, una célula para darnos cuenta del todo.

El libro (por cierto editado en un formato accesible en tamaño y en precio) ofrece nuevas claves hermenéuticas de la fotografía de prensa y es ampliamente recomendable para todos aquellos que quieran adentrarse en los orígenes del fotoperiodismo en México a través de la labor de un fotoreportero de la época revolucionaria.